



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## **LECTURA SESIÓN 1**

# **CB 105 HERMENÉUTICA BÍBLICA**

Gadamer, Hans-Georg. “Sobre el círculo de la comprensión”. En *Verdad y método II*, 63-70. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2002.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

## Sobre el círculo de la comprensión (1959)

La regla hermenéutica de que el todo debe entenderse desde lo individual, y lo individual desde el todo, procede de la retórica antigua y ha pasado, a través de la hermenéutica moderna, del arte de hablar al arte de comprender. En ambos casos nos encontramos con una relación circular. La anticipación del sentido, que involucra el todo, se hace comprensión explícita cuando las partes que se definen desde el todo definen a su vez ese todo.

Conocemos este fenómeno por el aprendizaje de lenguas extranjeras. Constatamos ahí que es preciso «construir» una frase antes de tratar de comprender las distintas partes de la frase en su significado lingüístico. Pero este mismo proceso de construcción está ya regido por una expectativa de sentido que deriva del contexto anterior. Ciertamente que esta expectativa debe rectificarse si el texto lo requiere. Eso significa reajustar la expectativa y hacer confluír el texto en la unidad de un pensamiento desde otra expectativa de sentido. El movimiento de la comprensión discurre así del todo a la parte y de nuevo al todo. La tarea es ampliar en círculos concéntricos la unidad del sentido comprendido. La confluencia de todos los detalles en el todo es el criterio para la rectitud de la comprensión. La falta de tal confluencia significa el fracaso de la comprensión.

Schleiermacher distinguió este círculo hermenéutico de la parte y el todo en su vertiente objetiva y subjetiva. Como la palabra pertenece al conjunto de la frase, así cada texto al conjunto de la obra de un escritor, y ésta al conjunto del género literario o de la literatura correspondiente. Mas, por otra parte, el mismo texto como manifestación de un momento creativo pertenece al conjunto de la vida anímica de su autor. Sólo en esa totalidad de signo objetivo se puede realizar la comprensión. En conexión con esta teoría habla Dilthey de «estructura» y de «centración en un punto medio» desde el cual se produce la comprensión del todo. Transfiere así al mundo histórico lo que es siempre un principio de la interpretación: que es preciso entender un texto desde él mismo.

Pero cabe preguntar si el movimiento circular de la comprensión se ha entendido adecuadamente. Podemos dejar de lado las ideas de Schleiermacher sobre interpretación subjetiva. Cuando intentamos comprender un texto no nos transportamos a la esfera anímica del autor; si se quiere hablar de «traslado», nos trasladamos en realidad a su pensamiento. Pero esto significa que intentamos hacer valer la objetividad de aquello que dice el otro. Si queremos comprender, trataremos de reforzar sus argumentos. Ocurre ya en la conversación, y tanto más en la comprensión de lo escrito, que nos movemos en una dimensión de sentido que es comprensible en sí y no motiva como tal un regreso a la subjetividad del otro. Es tarea de la hermenéutica elucidar el milagro de la comprensión, que no es una comunión misteriosa de las almas, sino una participación en el significado común. Pero el lado objetivo de este círculo descrito por Schleiermacher tampoco capta el núcleo de la cosa. El objetivo de todo entendimiento y de toda comprensión es el acuerdo en la cosa. Así, la hermenéutica tiene siempre la misión de crear un acuerdo que no existía o era incorrecto. La historia de la hermenéutica puede confirmarlo, por ejemplo, con Agustín, que intenta ajustar el antiguo testamento al mensaje cristiano, o con el protestantismo primitivo, abocado al mismo problema, o con la época de la Ilustración, cuando la necesidad de recurrir a la interpretación histórica para alcanzar la «plena comprensión» de un texto casi supone una renuncia al acuerdo. Se produce una novedad cualitativa cuando el romanticismo y Schleiermacher, creando una conciencia histórica de alcance universal, no establecen ya la figura vinculante de la tradición, de la que ellos proceden y en la que siguen, como base firme de toda labor hermenéutica. Uno de los precursores inmediatos de Schleiermacher, el filólogo Friedrich Ast, demostró ya una comprensión profunda de la misión de la hermenéutica al exigir que fuera un medio de entendimiento entre la antigüedad y el cristianismo, entre una auténtica antigüedad vista con ojos nuevos y la tradición cristiana. Esto resulta nuevo frente a la Ilustración porque no se trata ya de la mediación entre la autoridad de la tradición por un lado y la razón natural por otro, sino de la mediación de dos elementos de la tradición, ambos descubiertos por la Ilustración, que plantean la tarea de su concierto.

Me parece que esa teoría de la unidad entre la antigüedad y el cristianismo recoge un momento verdadero en el fenómeno hermenéutico que Schleiermacher y sus seguidores habían relegado injustamente. Ast con su dinamismo especulativo procuró evitar en este punto la búsqueda en la historia del pasado en lugar de la verdad del presente. En esta perspectiva la hermenéutica inspirada en Schleiermacher me parece una caída superficial en lo metodológico.

Esto es aún más evidente cuando se mira la hermenéutica a la luz de la problemática desarrollada por Heidegger. La estructura circular

de la comprensión adquiere con el análisis existencial de Heidegger su verdadero significado. Escribe Heidegger: «El círculo no debe degenerar en círculo vicioso, ni siquiera en uno permisible. Hay en él una posibilidad positiva para el conocimiento más originario, posibilidad que sólo se alcanza realmente una vez que la interpretación ha comprendido que su tarea primera, permanente y última consiste en no dejar que la experiencia previa, la previsión y la anticipación sean suplantadas por ocurrencias y nociones vulgares, y asegurar el tema científico en su elaboración desde las cosas mismas»<sup>5</sup>.

Heidegger no plantea aquí primariamente ciertas exigencias en la práctica de la comprensión, sino que describe la forma concreta de la interpretación comprensiva. La reflexión hermenéutica de Heidegger no se caracteriza por la demostración de la existencia de un círculo, sino por el aserto de que este círculo tiene un sentido ontológicamente positivo. La descripción como tal convencerá a cualquier intérprete que sepa lo que hace<sup>6</sup>. Toda interpretación correcta debe guardarse de la arbitrariedad de las ocurrencias y de la limitación de los hábitos mentales inadvertidos, y se fijará «en las cosas mismas» (que para el filólogo son textos significativos que tratan a su vez de cosas).

El girirse por la cosa misma no es una decisión «valiente» tomada de una vez por todas, sino «la tarea primera, permanente y última». Porque es preciso fijar la mirada en la cosa frente a cualquier desviación que acecha siempre al intérprete desde su propia posición. El que intenta comprender un texto hace siempre un proyecto. Anticipa un sentido del conjunto una vez que aparece un primer sentido en el texto. Este primer sentido se manifiesta a su vez porque leemos ya el texto con ciertas expectativas sobre un determinado sentido. La comprensión del texto consiste en la elaboración de tal proyecto, siempre sujeto a revisión como resultado de una profundización del sentido.

Esta descripción es obviamente un resumen a grandes rasgos: que cada revisión del proyecto puede abocar en un nuevo proyecto de sentido; que los proyectos en liza pueden contribuir conjuntamente a una reelaboración hasta fijar con más claridad la unidad del sentido; que la interpretación comienza con pre-conceptos que son sustituidos por conceptos más adecuados... todo este constante re-diseño que constituye el movimiento de la comprensión y la interpretación es el proceso que Heidegger describe. El que intenta comprender está expuesto a confundirse por las opiniones previas que no se acreditan en las cosas mismas. Por eso es deber permanente de la comprensión elaborar los esquemas correctos y adecuados, es decir, aventurar hipótesis que habrá que contrastar «con las cosas». No hay aquí otra «objetividad» que la de la elaboración de la opinión previa para con-

5. *Sein und Zeit*, 154 (trad. cast. *El ser y el tiempo*, Madrid 1989).

6. Cf. la descripción coincidente de E. Staiger en *Die Kunst der Interpretation*, 11s.

trastarla. Tiene su sentido el afirmar que el intérprete no aborda el «texto» desde su instalación en el prejuicio previo; más bien pone expresamente a prueba el prejuicio en que está instalado, esto es, pone a prueba su origen y validez.

Hay que concebir esta exigencia fundamental como radicalización de un procedimiento que en realidad aplicamos siempre. Lejos de la norma de que para escuchar a alguien o hacer una lectura no se puede acceder con prejuicios sobre el contenido y es preciso olvidar todas las opiniones propias, la apertura a la opinión del otro o del texto implicará siempre ponerla en relación con el conjunto de las propias opiniones, o relacionarse con ellas. Dicho en otros términos, es cierto que las opiniones son una serie cambiante de posibilidades; pero dentro de esta pluralidad de lo opinable, es decir, de aquello que un lector puede encontrar significativo y en ese sentido puede esperar, no todo es posible, y el que pasa por alto lo que el otro dice realmente, al final tampoco podrá integrarlo en la propia y plural expectativa de sentido. También aquí hay un criterio. La tarea hermenéutica se convierte espontáneamente en un planteamiento objetivo y aparece connotada siempre por éste. La empresa hermenéutica alcanza así un suelo firme bajo los pies. El que intenta comprender no se abandonará sin más al azar de la propia opinión para desoír la opinión del texto lo más consecuente y obstinadamente posible... hasta que esa opinión se haga ineludible e invalide la presunta comprensión. El que intenta comprender un texto está dispuesto a dejar que el texto le diga algo. Por eso una conciencia formada hermenéuticamente debe estar dispuesta a acoger la alteridad del texto. Pero tal receptividad no supone la «neutralidad» ni la autocensura, sino que implica la apropiación selectiva de las propias opiniones y prejuicios. Es preciso percatarse de las propias prevenciones para que el texto mismo aparezca en su alteridad y haga valer su verdad real contra la propia opinión.

Heidegger hace una descripción fenomenológica plenamente correcta cuando descubre en la presente «lectura» de lo que «hay» la preestructura de la comprensión: En *Ser y tiempo* concretó el tema general, formulado por él como problema hermenéutico, en la pregunta por el ser (*Sein und Zeit*, 312s). Para explicitar la situación hermenéutica de la cuestión del ser con arreglo a pre-posesión, anti-cipación y pre-comprensión, examina críticamente la pregunta que él dirige a la metafísica en momentos decisivos de su historia. De ese modo realiza lo que exige la conciencia histórico-hermenéutica en todos los casos. Una comprensión guiada por una intención metodológica no buscará confirmar simplemente sus anticipaciones, sino que intentará tomar conciencia de ellas para controlarlas y obtener así la recta comprensión desde las cosas mismas. A esto se refiere Heidegger cuando reclama «asegurar» el tema científico elaborando pre-posesión, anti-cipación y pre-comprensión, desde las cosas mismas.

El círculo hermenéutico adquiere así en el análisis de Heidegger un nuevo significado. La estructura circular de la comprensión se mantuvo siempre, en la teoría anterior, dentro del marco de una relación formal entre lo individual y lo global o su reflejo subjetivo: el anticipo intuitivo del conjunto y su explicitación ulterior en el caso concreto. Según esta teoría, el movimiento circular en el texto era oscilante y quedaba superado en la plena comprensión del mismo. La teoría de la comprensión culminaba en un acto adivinatorio que daba acceso directo al autor y a partir de ahí disolvía todo lo extraño y chocante del texto. Heidegger reconoce, en cambio, que la comprensión del texto está determinada permanentemente por el movimiento anticipatorio de la precomprensión. Lo que Heidegger describe así no es sino la tarea de concreción de la conciencia histórica. Se trata de descubrir las propias prevenciones y prejuicios y realizar la comprensión desde la conciencia histórica, de forma que el detectar lo históricamente diferente y la aplicación de los métodos históricos no se limiten a una confirmación de las propias hipótesis o anticipaciones.

Pero yo estimo que el sentido real del círculo entre el todo y la parte que subyace en toda comprensión debe completarse con otra nota que yo llamaría «anticipo de la compleción». Me refiero a un presupuesto que preside toda comprensión. Según él, sólo es comprensible lo que constituye realmente una unidad de sentido acabada. Cuando leemos un texto hacemos este presupuesto de compleción. Si este presupuesto resulta inverificable, es decir, si el texto no es comprensible, lo cuestionamos y dudamos, por ejemplo, de la transmisión e intentamos subsanarla. Las reglas que seguimos en tales reflexiones de crítica textual pueden quedar aparte, ya que lo importante es también aquí que la legitimación de su uso no se puede desligar de la comprensión del contenido textual.

El anticipo de la compleción que preside toda nuestra comprensión aparece así respaldado por un contenido. No se presupone sólo una unidad de sentido inmanente que orienta al lector, sino que la comprensión de éste es guiada constantemente por expectativas trascendentes que derivan de la relación con la verdad del contenido. Así como el destinatario de una carta comprende las noticias que ésta contiene y ve las cosas con los ojos del remitente, es decir, considera verdadero lo que éste escribe —y no intenta comprender la opinión del remitente como tal—, así comprendemos también los textos transmitidos partiendo de unas expectativas de sentido que nacen de nuestras propias circunstancias. Y si creemos las noticias de un corresponsal porque él estuvo allí o está mejor enterado, también ante un texto transmitido estamos abiertos fundamentalmente a la posibilidad de que él posea mejor información de lo que pueda pretender nuestra propia opinión. Sólo el fracaso del intento de dar por verdadero lo dicho lleva

al intento de «comprender» el texto psicológica o históricamente como opinión de otro<sup>7</sup>. El prejuicio de la compleción no implica, pues, únicamente que un texto debe expresar su opinión plenamente, sino también que lo que dice es la verdad completa. Comprender significa primariamente saber a qué atenerse sobre «la cosa», y sólo secundariamente aislar y comprender la opinión del otro como tal. La primera de todas las condiciones hermenéuticas es, pues, la comprensión real, el habérselas con la cosa misma. Eso determina lo que resulta viable como sentido unitario y, con ello, la aplicación del anticipo de compleción. Así se cumple el sentido de la pertenencia, esto es, el momento de la tradición en el comportamiento histórico-hermenéutico, en virtud de la comunidad de unos prejuicios fundamentales y subyacentes. La hermenéutica debe partir de este principio: el que intenta comprender está ligado a la cosa transmitida y mantiene o adquiere un nexo con la tradición de la cual habla el texto transmitido. La conciencia hermenéutica sabe por otra parte que no puede estar ligada a esa «cosa» al modo de una coincidencia obvia, como ocurre con la supervivencia ininterrumpida de una tradición. Se da una polaridad entre familiaridad y extrañeza, en la que se basa la tarea de la hermenéutica; pero ésta no debe entenderse con Schleiermacher psicológicamente, como el ámbito que alberga el secreto de la individualidad, sino hermenéuticamente, en dirección a algo dicho: el lenguaje con el que nos interpela la tradición, la «leyenda» que ella nos dice. El puesto entre extrañeza y familiaridad, que ocupa para nosotros la tradición, es, pues, el *inter* entre la objetividad distante contemplada en la historia y la pertenencia a una tradición. En ese *inter* está el verdadero lugar de la hermenéutica.

De este puesto intermedio que ocupa la hermenéutica se sigue que su centro está formado por lo que quedó postergado en la hermenéutica anterior: la distancia temporal y su significado para la comprensión. El tiempo no es primariamente un foso que haya que salvar porque separa y aleja, sino que es la base del acontecer en el que radica la comprensión actual. Por eso la distancia temporal no es algo que deba superarse. El supuesto ingenuo del historicismo fue creer que es posible trasladarse al espíritu de la época, pensar con sus conceptos y representaciones y no con los propios, y forzar de ese modo la objetividad histórica.

Se trata en realidad de conocer la distancia del tiempo como una posibilidad positiva y productiva de la comprensión. Esa distancia se salva por la continuidad del origen y de la tradición a cuya luz se nos muestra todo aquello que no es transmitido. En este punto no es poco

7. Yo intenté mostrar en una conferencia pronunciada en el congreso de Venecia el año 1958 sobre el juicio estético que también éste —como el juicio histórico— posee un carácter secundario y confirma el «anticipo de la compleción»; ahora en D. Henrich, H. R. Jauss (ed.), *Theorien der Kunst*, Frankfurt 1982, 59-69.

hablar de una verdadera productividad del acontecer. Todos conocen la peculiar impotencia de nuestro juicio cuando la distancia de los tiempos no nos ha confiado unos criterios seguros. Así, el juicio sobre el arte actual deja perpleja a la conciencia científica. Nos acercamos a tales creaciones con prejuicios incontrolables que puedan extremar una resonancia que no se ajusta a su verdadero contenido ni a su verdadero significado. Sólo la abstracción de tales circunstancias actuales permite ver su propia figura y posibilita así una comprensión de lo que se dice en ellas y que puede reclamar la generalización. Por lo demás, la decantación del auténtico sentido de un texto o de una obra de arte es a su vez un proceso interminable. La distancia temporal que permite esa decantación se halla en un constante movimiento y ampliación, y éste es el lado productivo que ella posee para la comprensión. Esa distancia permite eliminar los prejuicios que son de naturaleza específica y hace emerger aquellos otros que posibilitan una verdadera comprensión.

La distancia temporal<sup>8</sup> puede resolver a menudo la verdadera tarea crítica de la hermenéutica de distinguir entre los prejuicios verdaderos y los falsos. Por eso la conciencia formada hermenéuticamente incluirá una conciencia histórica. Ella tendrá que sacar a la luz los prejuicios que presiden la comprensión para que aflore y se imponga la tradición como otra manera de pensar. Desenmascarar un prejuicio supone evidentemente anular su validez, ya que mientras siga dominándonos un prejuicio no lo conocemos ni lo repensamos como juicio. No será posible desvelar un prejuicio mientras actúe constantemente y a nuestra espalda sin saberlo nosotros, sino únicamente cuando él es, por así decir, suscitado. Y lo que permite suscitarlo es el encuentro con la tradición. Pues lo que incita a comprender, debe manifestarse antes en su alteridad. La comprensión empieza cuando algo nos llama la atención. Esta es la principal de las condiciones hermenéuticas. Ahora vemos lo que ello requiere: una suspensión de juicios. Pero toda suspensión de juicios, comenzando por los prejuicios, posee la estructura lógica de la *pregunta*.

La esencia de la pregunta es la puesta en franquía de posibilidades. Si se cuestiona un prejuicio —sobre lo que otro o un texto dice—, ello no comporta su simple eliminación o aventajar directamente, en su lugar, al otro o lo otro. Es una ingenuidad del objetivismo histórico el asumir esa exclusión propia. En realidad el mejor modo de aclarar el propio prejuicio es hacer uso de él. Entonces contrastará con otros prejuicios y permitirá que también éstos se expliciten.

La ingenuidad del historicismo consiste en eludir esa reflexión y, confiado en la metodología, olvidar su propia historicidad. Hay que

8. Sobre este cambio del texto originario cf. I, 368.

invitar aquí a pasar de un pensamiento histórico mal entendido a otro mejor entendido. No alcanzará así la quimera de un objeto histórico que sea tema de una investigación progresiva, pero aprenderá a conocer en el objeto lo otro de lo que es propio, y con ello, «lo uno y lo otro». El verdadero objeto histórico no es un objeto, sino la unidad de lo uno y lo otro, una relación en la que consiste tanto la realidad de la historia como la realidad de la comprensión histórica. Una hermenéutica correcta tendrá que mostrar en la comprensión misma esta auténtica realidad de la historia. Yo llamo a lo aquí postulado «historia efectual». Comprender es un fenómeno referido a la historia efectual, y se podría demostrar que es la lingüisticidad propia de toda comprensión lo que le allana el camino a la labor hermenéutica.